

**Harkaitz Cano**

El turista perpetuo





Seix Barral Biblioteca Breve

---

# Harkaitz Cano

## El turista perpetuo

Traducción del euskera por  
Harkaitz Cano

---

Título original: *Beti oporretan*

© Harkaitz Cano, 2015, 2017

© por la traducción: Harkaitz Cano, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-322-3273-2

Depósito legal: B. 11.928-2017

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## ÍNDICE

9	La roca más alta
17	La piscina
39	Celebración
59	<i>Sapore di sale</i>
69	El puente del 1 de Mayo
87	El río
107	Boeing 767
123	Suecia no es lo que parece
133	El safari
161	<i>Ikea Crucifixión</i>
177	El Danubio mecánico
189	Las llaves de casa
197	El velero
213	Aullad, estrellas

---

## LA ROCA MÁS ALTA

Enfilando el sendero de la costa estaba el charco rodeado de rocas. No todo el mundo se atrevía a saltar desde lo alto. Paolo acostumbraba a pescar casi todos los días y no le gustaba que los niños enredaran por allí.

—¿Hay medusas, Paolo?

—Pocas, pero saben dónde ponerse.

No era más que una forma de ahuyentarnos, un apercibimiento para que no le espantásemos la pesca. Y, aunque lo tenía prohibido, Santi era siempre el primero en saltar de cabeza. «Un día que esté la marea baja, va a pegarse contra el fondo y se va a quedar parapléjico», decía mi madre. No se daba cuenta de que las oscilaciones de la marea en el Mediterráneo nada tienen que ver con las del mar Cantábrico. A mi madre le desagradaba que yo frecuentase tanto a Santi: «Ese casta es un bicho». Era muy moreno y tenía el ombligo hacia fuera, muy

---

diferente al mío. «Hija mía, en cada sitio les hacen un nudo distinto a los niños cuando nacen», me aclaró. Al de Santi yo le llamaba «ombligo de marinerero». Sus padres estaban separados y a mi madre le parecía que el hecho de que sus progenitores no estuviesen juntos tenía mucho que ver con su comportamiento impetuoso, con aquella temeraria determinación que le llevaba a saltar de cabeza desde la roca más alta sin temor a la altura ni a las medusas.

—Ahora te toca a ti.

Era una frase que no se cansaba de repetir a los novatos que llegaban por primera vez a la urbanización. A mí no me lo decía, porque yo era chica.

—Ya sé a qué vamos a jugar tú y yo ahora: vas a ser mi sombra.

Se conformaba con que yo fuese su sombra, aquellos días de canícula estival. Yo le seguía los pasos, apoyándome una por una en las piedras que él iba pisando en el camino, parándome también en seco cuando él lo hacía. Debía ser su sombra siempre, pero no le seguía hasta el charco. Al charco saltaba sin su sombra, él solo.

Bajábamos a las rocas por la pereza que nos daba ir hasta la playa grande, preferíamos aquel charco profundo y despejado de turistas. Desde allí podíamos llegar también a nado hasta la cala pequeña, una estrecha lengua de arena en la que casi nunca había nadie. Solamente Regina, la esposa de Paolo, sentada en su tumbona, un cigarrillo

---

en los labios, y entre sus manos, un libro. Jamás vi que se metiese al agua.

—Se me ocurre otro juego: ahora vas a ser una rana. Mi rana.

A Santi le agradaba que me agachase, que saltase, que caminase en cuclillas a su lado, fingiendo que croaba.

—Has engordado: ahora eres un sapo. O mejor: una ternera. Tienes cara de vaca, ¿te lo han dicho alguna vez? Es una pena que todavía no te hayan salido las tetas.

Era el tipo de juego que Santi inventaba para mí. Luego me daba un manojo de hierba que yo masticaba. Tampoco demasiada, solamente un poco. Me ponía a cuatro patas para seguirle la corriente y él me pastoreaba un rato.

—Dice mi madre que un día te vas a quedar *paraolímpico*.

—Cállate, vaca. Y a ver cuándo empiezas tú a dar leche.

Le gustaba saltar al agua de cabeza y permanecer el máximo tiempo posible aguantando la respiración antes de salir a la superficie. No había forma de saber si emergería en medio del charco o en algún otro rincón en el que el agua estaba más remansada; recio su cuello, su torso salía del agua como el de un hombre bala. También yo, inquieta, trataba de aguantar la respiración mientras lo perdía de vista, pero jamás conseguía retenerla tanto tiempo como él.

---

Paolo no había venido aquel día. Santi saltó desde la roca más alta sin que nadie se lo impidiese y yo descendí lentamente hasta el charco por la pedregosa senda. Nos encontramos en el agua, como de costumbre.

—¡Nademos hasta la cala pequeña, sapito!

En la franja de arena, Regina, la mujer de Paolo, leía en su tumbona con su sempiterno cigarrillo, protegida del sol con un sombrero de paja. Se había quitado la parte de arriba del bikini. Sus pechos no eran redondos, ni tampoco pequeños: parecían más bien dos gorros de Santa Claus invertidos, rematados por dos pezones de los que una surtida prole había dado buena cuenta.

Cuando Santi saludó a Regina, ésta respondió sin alzar la vista del libro, levantando las cejas por encima de la montura de sus gafas de sol.

—Sapito, esta isla fue un volcán alguna vez, ¿lo sabías? Quizá algún día vuelva a ponerse en marcha.

Santi sabía mucho sobre un montón de cosas, aunque a mí me resultaba difícil imaginar que un volcán pudiese «ponerse en marcha».

—¿Por qué no subes a la urbanización y me traes una toalla, sapito? Anda, te espero aquí.

La pendiente que conducía a la urbanización desde allí era larga y sinuosa, pero le obedecí. Yo siempre obedecía a Santi.

Al regresar con la toalla, me pareció verle pegado a la hamaca de Regina. ¿Hablaban, quizá? Era raro.



---

Regina no era el tipo de mujer que se pone a charlar con cualquiera a la primera de cambio. Le gustaba andar a su aire. Con sus cigarrillos y sus libros. Cuando mi padre le preguntó un día respecto a su novela favorita, ella citó algo bíblico: «Adam Bovary». O así me lo pareció a mí entonces, al menos.

Tal como pude ver al acercarme más a ellos, Santi no estaba próximo a la tumbona, sino tumbado en ella propiamente, al lado de Regina, con un pie dentro y otro fuera. Me pareció verle muy rígido e inmóvil, la hamaca no estaba pensada para dos. Algo me impedía aproximarme más. Una amenaza. Medusas flotando en el aire. Me constaba que allí sucedía algo que escapaba a mi comprensión, mi instinto me decía que no debía quedarme allí mirando. ¿Me había demorado demasiado con la toalla? ¿Había hecho todo el trayecto en vano? ¿Le había ofrecido, quizá, Regina a Santi su propia toalla? ¿O, muy al contrario, había sido el desvergonzado Santi —«ese casta es un bicho»— quien le había demandado su toalla a la mujer de Paolo, cansado de esperarme?

Me encontraba lo bastante cerca de la tumbona como para observarlos a los dos desde su espalda sin que ellos pudiesen verme. Parecían tranquilos. ¿Dormían el uno al lado de la otra? ¡No podía ser! El libro de Regina descansaba sobre la arena, abierto de par en par.

Sólo pude oír el rechinar de los muelles de la tumbona. Y la respiración veloz de Santi, entrecor-

---

tada de suspiros, como un morse ralentizado. Si dormía, no era nada agradable aquel sueño.

Cuando soplaba el viento, Regina levantaba la mano para asegurar su sombrero de paja, dejando al descubierto el vello de sus axilas. Era oscuro, casi pelirrojo, una mata de algas secas. Tras unos segundos que se me hicieron eternos, algo sucedió. La tumbona se agitó con un golpe desequilibrante y la cabeza de Santi cayó hacia atrás. Lo vi boquiabierto, atravesado por un terror que carecía de sentido bajo aquella solana de sosiego y luz. Un hombre guillotinado. Al percatarse de que yo lo observaba, empalideció y su rictus de espanto se acentuó aún más.

Se incorporó sobresaltado en la tumbona y corrió hacia mí. El traje de baño no se le había secado del todo todavía, y llevaba suelto el cordón de la cintura. Me pareció que el nudo de su ombligo sobresalía más que otras veces, pero quizá se debía únicamente a que hinchaba mucho la tripa al respirar.

—¡Vayámonos de aquí!

—¿Es tu novia? —le preguntó Regina, luchando porque la tramontana, que arreciaba por momentos, no le arrebatase el sombrero.

Pensé que la mujer de Paolo tendría problemas para retomar el libro: una ráfaga de viento había agitado las páginas, desbaratando el punto en el que había abandonado la lectura.

De regreso a la urbanización, le ofrecí la toalla, pero Santi no quiso aceptarla. Caminaba muy se-

---

rio. Yo quería hacer algo para animarlo: cogería un manojo de pasto y me lo llevaría a la boca, voluntariamente. Empecé a ponerme a cuatro patas para hacerlo.

—No hagas eso —me advirtió—. No eres ningún animal.

Apenas me dirigió la palabra durante el resto de las vacaciones, pero si alguien me agarraba a traición desde la espalda para intentar hacerme aguadillas, él le daba una tunda inmediatamente. No volvió a mencionar ningún volcán ni ninguna vaca, ni volvió a señalar mi parecido con los sapos.

Fue nuestro último verano en aquella isla. Al año siguiente, mis padres decidieron que era demasiado caro veranear allí y nos cambiamos de urbanización.

Jamás volví a ver a aquel muchacho con ombli-go de marinero.